

dado por el catolicismo: *Dios sobre todas las cosas, y á tu prójimo como á tí mismo*, por aquello de *hoy por tí y mañana por mí* que se halla en la vuelta de las almas á otra forma de su especie.

Nosotros decimos que de todo el razonamiento de esta obra, no es la moral por la que se debe aceptar: su consideración debe fijarse en la realidad cierta que pueda contener, pues por moral ya vemos que hasta hoy supera en la creencia de los *mediums espiritistas* y en el catolicismo. Si las religiones se han sostenido y se sostienen aún, es por el misterio cierto de la causa que encierra el fin propuesto.

Una vez que el hombre se halle poseído de una verdadera moral, hecha consistir en la realidad de lo que consiente que se le espera, sin tener por delante á la duda, podrá decir al fin de cada periodo de su vida, con más acierto que el Nigromante, la cuarteta reformada que sigue:

Madre naturaleza: siempre hay flores
Por do mi paso con firmeza avanza.
Nací sin esperanza ni temores;
Vuelvo á tí sin temor, con esperanza. (1)

Así es es que la realidad de las cosas pertenecientes á los seres, ni proceden de la *nada*, ni quedan en ella como se les juzga por los pesimistas, ni las almas son unas existencias ya progresadas, en los mismos términos que con los sentidos corporales: circunstancia ésta que solo puede existir en el progreso de la creación, en donde por

(1) D. Ignacio Ramirez, al morir, recitó la siguiente cuarteta aludida:

Madre naturaleza: ya no hay flores
Por do mi paso vacilante avanza.
Nací sin esperanza ni temores;
Vuelvo á tí sin temores ni esperanza.

una influencia presentida de la inteligencia, se le espera un eden futuro, cuya confianza inspirada por la misma realidad sensible ha formado á todas las creencias religiosas, y todos se dirigen á un fin dado, sin conocer la realidad del misterio que encierra esa verdad comprendida en las facultades de las almas racionales.

El alma es una *sustancia*: la materia *es otra*, y ni en la una ni en la otra ha existido ni existirá jamás la *nada*.

CAPITULO XVI.

LEYES DE LA NATURALEZA.

Las leyes naturales son aquellas que traen por origen una tendencia á establecerse en la creación, y no debemos juzgar como tales aquellas que dan un resultado de actualidad por circunstancias. Debemos no confundir el resultado inmediato con la ley que trata la naturaleza de establecer.

Si la naturaleza de los elementos es la formación de los cuerpos, á ello pertenece su ley de origen, y si estos cuerpos son destruidos por otras causas inconvenientes á la ley, no es que este resultado sea la naturaleza de ley que tiene que establecerse; es la rémora de todo principio que aun no se aviene á la ley misma.

La confusión en el pensamiento del hombre cuando indaga de qué manera podrá ser el alma, consiste en que la supone identificada con la forma del cuerpo. Vé que cuando llega la muerte, la forma se descompone para volver al polvo de donde salió, y aquí es en donde se confunde al considerar el resultado del alma que ha supuesto identificada á la forma que se descompuso.

La inmutabilidad en las leyes de la naturaleza se hace consistir en que jamás cambiará el curso que lleva un fin ya determinado por la naturaleza misma. El fin que resulta es la ley natural inmutable: en los fracasos intermedios á dicho resultado, sigue una tendencia de la ley á establecer la forma destruida con la naturaleza de sus circunstancias reformadas ó progresivas, acabando siempre el fin que ha resultado por establecerse.

Nadie podrá negar que el origen de la materia que hace la forma, se halla en ese polvo invisible; y si de allí vemos salir las formaciones de los cuerpos, es evidente que la ley inmutable es la reforma de aquel polvo á los cuerpos. De lo contrario la ley sería mudable cuando vemos á los mundos establecidos que han salido de ese polvo ya establecido anterior á la forma. Ya vemos que el origen de nuestra forma creada y crecida viene de ese polvo imperceptible, y si también vemos que volvemos á él por los eventos en que hoy se halla en lucha la ley de la naturaleza animada con los elementos inánimes que obran sin acuerdo, ¿por qué buscar en la forma que dió la creación la identidad en el alma? Más lógico será buscarla de donde salió y á donde volvió, mientras no se establezca la forma con la ley. En las formas creadas no vemos más que una tendencia á establecerse en la creación con las almas que los animan; pero como todo principio tiene obstáculos que vencer, éste tiene los suyos que para vencerlos, será cuando la forma se haga también inmortal. ¿Por qué dudarlo? ¿Pues qué ya conocemos el porvenir que se nos espera en el progreso de la creación humana? Y además de esto ¿qué sabemos todavía sobre el tamaño en cualidades del alma racional? Ya vemos que hoy comienza el principio de su desarrollo en la creación, y sin embargo, es la clase superior sobre las demás existencias habidas en el mundo.

Pensemos en la eternidad del tiempo pasado y en la

del venidero, y luego hagamos un cálculo de comparación con la infancia de nuestro mundo, lo recién nacido de nuestra especie, el progreso que ha traído la creación desde que los elementos se prestaron para ello y lo ilimitado de la inteligencia humana, y comprenderemos que la obra ya comenzó y que nos hallamos en un principio para lo infinito en el ser creado, en el cual la misma naturaleza de cosas ya en progreso, tiene que ir tomando poco á poco lo conveniente á su mejora, sin retroceder de lo que ya comenzó para correr la suerte con la estabilidad de nuestro planeta.

Las circunstancias elementales, el trascurso del tiempo y la inteligencia humana formarán causa al cumplimiento de esa ley que hoy se practica en la naturaleza de la creación humana que comienza en este mundo.

La muerte no es estable: es un efecto de actuales circunstancias en que la vida de la forma animal se halla constantemente atacada por el obrar de los elementos que la componen por reacciones con los demás. No pertenece á las leyes inmutables de la naturaleza, es el avvenimiento á ellas.

Las leyes naturales tienden á establecer lo creado, y el acaso lo destruye, mientras la naturaleza lucha por establecerlo. Esta tiene que concluir la obra por sus mismas leyes inmutables, y la inteligencia humana es la misma naturaleza que asoma con más fuerza para luchar y hacer efectiva la ley inmutable.

Si la naturaleza hace aparecer á sus cuerpos, y existe naturaleza que los destruya, la primera es la ley inmutable, y la segunda es de ocasión que obra con la fuerza bruta de los elementos destructores sin el uso de la razón que además de los elementos inánimes existen inmensidad de seres microbios que con el acuerdo animal, y haciendo uso de su propia conservación, se propagan á expensas de la destrucción de las formas de vida anima-

da mejor progresadas por los trabajos de aquella ley inmutable. La especie intelectual que representa la forma humana, necesita inocularse con ese germen venenoso é irracional, para despues hacer inexpugnable su forma inoculada de todo principio virulento que hoy provoca la audacia intelectual familiarizándose con ello, en donde sin la prévia incision se inócula la especie por los conductos naturales de la forma, y así la trasmite á su especie.

Juzguemos en esta contravencion de las cosas naturales, y veremos trasparente la sabiduría en la ley de aquel principio que viene haciendo aparecer el remedio con qué destruir el mal; ó mejor dicho, la fuerza que ha de avenir á la fuerza de ocasion. Hoy nos parece que esa fuerza ruda que nos destruye, es la ley inmutable, porque la vemos en la ocasion con superior fuerza; y así seria si no existiera primero una ley anterior. Sin ésta, la destruccion actual se haria eterna; pero ver bien que la ley inmutable viene iniciando una fuerza sin límites en su potencia, y esta es la fuerza intelectual que aparece con un progreso interminable, sirviendo de contraste á esa fuerza ruda y de ocasion hasta averirla á la ley inmutable. Aquí es donde se trasparente el ojo divino que pone los medios para consumir su ley, en que la especie humana se empeña en la lucha con facultades omnímodas dadas por aquel sér previsor, para constituir en la creacion el emporio intelectual.

Cuando nuestro globo se hallaba en circunstancias de ser un núcleo de fuego, su elemento destructor tenia á los demas elementos suspendidos en polvo por su misma fuerza destructora, Sin embargo, la naturaleza de Dios habia dado su ley de creacion. ¡Cuál seria la lucha que se empeñó en esos tiempos, y cuánto duraria hasta poner una bóveda de cadáveres materiales para sobre ella misma cimentar la creacion! Esa inmensa resistencia fué

vencida por las leyes de creacion en la materia inánime, ó sea por las leyes inmutables de la naturaleza. Hoy se empeña una nueva lucha: la sustancia animada, el alma ó sea la naturaleza que anima la creacion humana siguiendo la ley de Dios, ha dado principio para establecerse dentro de las dificultades que presenta el acaso que dimana del obrar sin regla, órden ni acuerdo de los elementos inánimes y los virulentos.

El presente bando es más eminente y egregio: su naturaleza es destruir al desórden del acaso por medio del órden intelectual. Los elementos vencidos seguirán sujetos á las leyes que imponga la naturaleza de estabilidad. El triunfo será de la ley en obra ya. No hay que dudarle: lo pondremos en parangon con la empresa de cimentar la creacion sobre el mismo fuego, y comprenderemos que aquello nos parecería más imposible, y sin embargo fué efectuado así, y hoy ese elemento terrible se halla en el centro de la tierra, sujeto á las leyes inmutables de la naturaleza.

Lo imposible pertenece á una fuerza de actualidad: ésta se vence apareciendo otra superior. El hombre aun no se sabe á donde llegará su fuerza intelectual: los elementos le son necesarios y dañosos á la vez; pero se ve que por medio de la costumbre á ellos, dejan de ser dañosos. Esto es un indicio seguro para una completa fusion entre el mal de hoy y la costumbre, para no resentirlo despues, ó hacer de él una causa necesaria á su organizacion. Esto y el progreso intelectual vencerán ese imposible que hoy se nos presenta con superior fuerza de actualidad, y que causa nuestra muerte en la forma.

La humanidad tiene que irse estableciendo con las circunstancias que se le vayan presentando. Una vez que el alma vaya o cupando sus formas, se habrá conaturalizado á la proporcion correspondiente de elementos de vida existentes, y tal vez la forma del cuerpo desc-

enda en tamaño para arreglarse á éstos, ó las necesidades habrán disminuido, y con ello se hará menor el consumo de sustancias alimenticias, combustibles, etc., de que hoy necesita cada uno de la especie humana, el acomodo vendrá con las circunstancias que vayan apareciendo.

La costumbre introducida poco á poco, no hará resentir ninguna causa ó efecto que nos llegue á faltar y que hoy nos da la vida.

El mundo que se halla en circunstancias de creacion en él mismo, debe estar haciendo su crecimiento por medio de agregacion que le venga del oceano etéreo, ya sea como un sedimento agregado á su volúmen ó por afinidades reaccionarias de aquellos elementos con los que ya se encuentran en este globo. De manera que siguiendo la marcha progresiva de su crecimiento, llegará el tiempo en que su volúmen ocupe las dimensiones que hoy tienen los planetas Saturno y Júpiter, y con ello se habrá efectuado paulatinamente un cambio en todo el proceder de la naturaleza que hoy existe en el mundo, y con más razon si en su agregacion adquirió nuevos y diferentes elementos, además de los que hoy tiene, pues en igual caso están Saturno y Júpiter, según análisis espectral que ya mencionamos en el capítulo XI.

En las diferentes especies animadas que pueda haber en los mundos del universo á consecuencia de diferentes elementos que constituyen sus formas, debe hallarse entre ellos la especie humana, ó más bien dicho, la misma especie de almas intelectuales que animan á los cuerpos humanos. Y como el alma y todas las cosas tienen que avenirse á las circunstancias elementales y naturaleza dimanante de ellas, es probable que la especie humana difiera en forma de unos á los otros mundos en donde esté establecida y sujeta á una trasformacion paulatina, segun vayan viniendo sus circunstancias. A esto debemos

agregar que siendo el alma por su animacion singular el poder legislativo, cuyo límite en sabiduría aun no conocemos, y el cuerpo el poder ejecutivo dando los medios progresivos para el alma, es de suponerse que habrá mundos en donde el eden tiene su establecimiento, y de entre ellos habrá el superior en donde se halla el poder divino de todo el mundo universal.

No echaremos esto en saco roto sin discutir ántes sobre las eventualidades á que se hallan sujetos todos los cuerpos de la creacion, en que tal vez por esto se ha creído vulgarmente en lo finito de todo cuerpo, en cuyo caso se halla nuestro mundo actual, y cuando la materia ha sido eterna, debemos de suponer que este mundo que la contiene, ha sufrido vicisitudes, supuesto que la creacion en que se halla es moderna á ese ab-eterno de su materialidad.

Por ciertas observaciones astronómicas se ha visto que algunos astros luminosos han desaparecido del firmamento. En la zona que se halla entre Marte y Júpiter, la astronomía tambien ha observado que existen allí innumerables fragmentos de cuerpos que indican la destruccion de alguno ó algunos de aquellos globos que se hallaban en esa zona. No será imposible, pues, que nuestro globo esté sujeto á esas vicisitudes que tanto lamentaria la ascendencia á que hubiera llegado el progreso de nuestra inteligencia en la creacion de la tierra. Sin embargo, recordemos que el éter espiritual se hallará siempre el mismo y dispuesto á la regeneracion en la creacion, á donde se le vuelva á presentar el caso, y recordemos tambien que no contando el tiempo que pase para suceder así, será instantáneo el fracaso de nuestro mundo, y cuestion de otro nuevo en donde se reúnan las circunstancias para una nueva creacion, en que tambien pasando el tiempo sin sentirlo, se progresará al fin propuesto. Podrá ser tambien que estando sujeta esa eventualidad

de destruccion á las obras del acaso por algun otro cuerpo que choque con este mundo ú otras causas por el mismo orden de desacuerdo, podrá ser, repetimos, que en esa misma eventualidad nuestro mundo se halló eximido por fin, de una de esas eventualidades del fracaso, y aun tal vez ya lo habrá sufrido en alguna otra época con la misma materia que hoy lo contiene, ó con disminucion, ó aumento en el contenido actual.

Sea por el choque ó por alguna otra causa en que resulte la destruccion de un globo, no es que esto sea una ley para que así suceda con todos; es el acaso que obra sin acuerdo y sin reglas en que será más de mil veces mayor el número de globos que no ha cabido en esa eleccion eventual que los que han entrado en ella, agregando á esto tambien que miéntras más potencia vayan adquiriendo los globos en su creacion, más defendidos se hallan para llegar al fin propuesto por las leyes inmutables, el cual parece ser infinito en progreso hasta donde ha llegado la gran morada de Dios.

Ya vemos que nuestro globo es un punto pequeño que figura en el sistema planetario de nuestro sol, y ademas vemos la enorme magnitud de éste, y, por último, vemos que este mismo mónstruo con sus planetas es más ínfimo ante esas eternas lámparas inextinguibles que brillan en el firmamento.

¿Para qué podría servir esa inmensidad de mundos en progreso si no existiera en los más de ellos la especie intelectual que los habitaba? Y si vemos que siendo nuestro mundo un punto insignificante en ese oceano de mundos, sin embargo de ello se halla habitado por dicha especie intelectual, debemos suponer que esa misma especie aquí se halla en la proporcion relativa de ese punto que ocupa nuestro globo, y que como aquellos, el progreso nos conduce á puntos más elevados que el escalon en que nos hallamos, cuya escala intelectual en lo que tene-

mos visto, nos manifiesta tambien como los mundos, un progreso hasta lo infinito.

No faltan hombres que nos anuncien como un hecho cierto la destruccion de nuestro mundo por medio de cataclismo, en que en alguno de ellos tiene que extinguirse la especie humana. Lo primero podrá caber en ese evento del acaso en las vicisitudes de la forma, más lo segundo que hace consistir su esencia en el éter espiritual, éste es inextinguible en todos los tiempos y eventualidades. Esos anuncios de dichos hombres, los hacen consistir en la afirmacion por la mayoría de los geólogos, de que la corteza de la tierra no tiene más que diez leguas de espesor, siguiendo de allí un centro de fuego que tiene en una fluidez ígnea á la tierra primitiva, cuya teoría se hace consistir en el aumento del calor, á medida que se profundiza debajo de la superficie de la tierra, subiendo el termómetro proporcionalmente, un grado por cada 33 metros.

Los temblores de tierra, el levantamiento sucesivo de los continentes y de las cadenas de montañas, las erupciones volcánicas y la formacion de las rocas y minerales, con otras muchas observaciones geológicas, nos manifiestan la indudable existencia del fuego en el centro de la tierra. Tal naturaleza de cosas tendria tranquilidad á la esperanza progresiva en la especie humana, si antes no existiera tambien esa teoría de las observaciones termológicas, en que la debilidad de nuestro pedestal en la tierra, nos hace esperar esos cataclismos reconocidos en la historia, de haber sucedido de tiempo en tiempo en nuestro globo, en que por fin venga uno y nos hunda en ese abismo de fuego que se halla en el centro de la tierra.

Quando las ciencias geológicas nos han manifestado la existencia de las capas que se hallan sobre la cristalizada por causa ígnea, se comprende que los fósiles que se

hallan en aquellas nos han marcado su existencia estable desde aquel principio fundamental de dichas capas, el cual antecede y ha pasado ya por esos periodos riesgosos de los cataclismos habidos, sin que por ello se haya destruido la creacion terrestre ni la animal hasta aparecer la última capa en que se halla la especie humana y sus fósiles no más en ella, lo mismo que aquellos que se hallan en sus mismas capas en donde han venido apareciendo aquellas especies de formas animales escalonadas con arreglo á sus circunstancias elementales que los favorecieron ó nó en lo sucesivo de la creacion actual.

Se debe suponer por esto que hay que dudar de la existencia sucesiva de dichos cataclismos y en el riesgo para que detengan la marcha progresiva de la especie humana, supuesto que la corteza terrestre se conserva y robustece desde aquel su principio en que se halló más débil que hoy, pues en aquellos primeros tiempos las revoluciones elementales eran provocadas en el centro ígneo al normarse á su estabilidad de quietud, á la cual, la misma ley de creacion terrestre en el mundo ha venido dando los medios estables que han atenuado aquellas revoluciones de circunstancias normales, y en tal efecto se hallan esas válvulas de seguridad en los volcanes por donde gradualmente se va extinguiendo esa potencia que se debilita, siendo el tiempo quien garantiza el progreso de debilidad en ella.

Nosotros aceptamos de lleno la existencia de un centro de fuego en la tierra; pero dudamos que solo diez leguas hagan el espesor de su corteza, dudando tambien de la exactitud en la teoría por los grados de calor que marca el termómetro á medida que se profundiza debajo de la superficie de la tierra; cuyo efecto parece que se mancomunada con otras causas que se han confundido con la que se resuelve en dicha teoría, por lo cual pasamos á manifestar nuestros argumentos en contra de ella.

Pondremos por ejemplo á dos puntos minerales que se hallan en diferentes alturas segun el nivel del mar. Sea el más alto el mineral de Pachuca, y el más bajo el del Rosario, en el Estado de Sinaloa. Ahora bien, si en cada uno de dichos minerales se baja por los tiros de sus minas, se verá que mientras más se profundiza al interior de la tierra, el termómetro gradualmente va subiendo sus grados de calor, lo mismo en el mineral de Pachuca que en el mineral del Rosario, sin embargo de hallarse éste último casi al nivel del mar y el primero en lo más alto de la meseta de México; cuya diferencia de altura del uno al otro mineral es muy considerable en la relacion del espesor de la corteza de la tierra, para que el termómetro en iguales distancias de profundidad en dichos tiros, marcara más grados de calor en el Rosario que en Pachuca, pues en esta eminencia es más gruesa la corteza de la tierra que en aquel, que se halla más delgada, y sin embargo, al termómetro le es indiferente la posicion de altura en las minas para marcar en cualesquiera de ellas los mismos grados, segun se va profundizando de la superficie.

Los mineros en seguimiento de los metales preciosos, se profundizan en la tierra hasta donde se los impide el agua ó el calor: á este último le llaman *sofocacion de la mina*. Si este calor tuviera por causa al fuego que se halla en el centro de la tierra, se veria una igualdad de circunstancias de calor en todos los diferentes labrados de las minas, con tal de hallarse unos y otros en iguales circunstancias de profundidad, lo cual no sucede así; pues hay minas que tienen quinientos metros de profundidad, que por tener muchos labrados y hallarse comunicados con alguna otra boca que parte de la superficie llamada por los mineros *lumbre*, esto basta para que haga menos calor en los planos de estas minas que en otras que no tienen ni cien metros de profundidad, cuando ya se hallan *sofo-*

cadus, por no tener ni muchos labrados ni *lumbera*; resultando de esto que la más ó menos ventilacion en dichas minas hacen el más ó menos calor, sin atender á la mayor ó menor profundidad.

Si se rompen dos pozos en la superficie de la tierra, distantes el uno del otro cinco metros y de iguales diámetros, y se profundizan perpendiculares por doscientos metros, el termómetro marcará en los planos del uno y del otro pozo los mismos grados de calor que corresponden á la igualdad de profundidad entre ambos; pero si estos pozos se comunican en sus planos, el termómetro rebaja de sus grados que habia marcado antes de comunicarse dichos pozos, y así sucesivamente que se fueran profundizando y comunicando estos pozos irian ascendiendo y descendiendo los grados de calor que el termómetro marcara en diferentes circunstancias de ventilacion.

Si hemos hecho narracion de dos pozos que hemos supuesto perpendiculares al centro de la tierra, tal suposicion la hemos comparado con muchos casos análogos que hemos practicado en los labrados de las minas, en que hemos experimentado el calor cuando el aire que penetra á las cavernas se halla falto de oxígeno y acompañado de otros gases que lo hacen impuro, en que tan luego como aparece la percusion de dos corrientes de aire, desaparece el calor. Esto es lo que pasa cuando se comunican dos ó más labrados de una mina. Echando cal apagada, tambien revaja el calor aun sin la ventilacion de la mina.

De la misma manera que hemos supuesto dos pozos perpendiculares al centro de la tierra, se puede suponer un socabon horizontal al pié de una montaña; pues aquí tambien marcará el termómetro sus grados de calor á medida que se penetra horizontalmente, lo mismo que cuando se penetra perpendicularmente al centro de la tie-

rra, cuyos efectos ya los hemos observado en minas en que sus labrados son horizontales y con muy poco espesor á la superficie de la tierra, y sin embargo, hacen los mismos efectos de calor que en las profundizadas al centro de ella.

Por último, supondremos cuatro ó más pozos perpendiculares que se hallan en diferentes puntos de la superficie de la tierra, y les supondremos cuatrocientos metros de profundidad á cada uno de ellos: al primero le supondremos diez metros de diámetro, al segundo veinte, al tercero cuarenta, al cuarto ochenta, y así duplicando los diámetros de su circunferencia ó luz. Ahora bien, en los planos de cada uno de dichos pozos que tienen todos diferentes diámetros, se verá que el termómetro marcará tambien diferentes grados de calor en cada uno de dichos pozos, sin embargo de hallarse todos ellos á igual profundidad del centro de la tierra; pues todos tienen cuatrocientos metros perpendiculares con diferentes diámetros. De manera que las intensidades del calor en el centro de la tierra y en iguales circunstancias de profundidad, disminuirán y aumentarán, segun sea el más ó menos diámetro de las excavaciones ó cavernas y el más ó menos número de ellas en comunicacion; cuyo efecto se hará notar lo mismo en excavaciones verticales como en horizontales, cuyas causas del calor son variadas por los efectos del más ó menos aire puro en el lugar en donde se practica la regla termológica. Nosotros no concebimos cómo puedan deducirse esas diferencias que hacen los efectos del aire puro ó impuro en las cavernas, y sus más ó menos labores y diámetros, para sacar un término medio en la graduacion del calor: pues aun suponiendo que se puede deducir hasta llegar á ese término medio, se vacilaria en la exactitud de la causa del fuego en el centro de la tierra, cuando se ve que se sujeta la regla á las dimensiones locales y á la pureza atmosférica.